

CAPITULO XXIV

LA BODA EN CANÁ

Al comenzar Jesus á cumplir la voluntad de su Eterno Padre, predicando el Evangelio y para ello trocando su vida privada y oscura por la pública, si bien dejó su patria y su casa no por eso abandonó á su Madre enteramente. Al dolor de la pérdida de su amado esposo, no menos querido en razon de la mutua virginidad, unióse en breve la ausencia del Hijo durante mas de cuarenta dias. Jesus habia marchado al desierto, solo, y sin provisiones. María quedó tambien sola en la pobre casita de Nazareth: el Hijo se preparaba con largo ayuno, retiro y mortificacion á la ardua tarea de predicar el Evangelio. No necesitaba esta preparacion, pero queria darnos ejemplo del modo con que debemos proceder al emprender nuestras buenas obras. María debia tambien prepararse á la dolorosa separacion absoluta para mas adelante, cuando quedara en la tierra sin Hijo y sin Esposo. Aquellos cincuenta dias debieron ser de gran afliccion para la Virgen: ¡lo habian sido tanto los tres dias no completos de su pérdida en Jerusalem! Y al fin entonces no era triste viuda. Renováronse ahora las ansiedades de entonces. Cuando la lluvia caia azotando la única ventana de la pobre casita, cuando zumbaba el huracan, y el cierzo dejaba sentir su inclemente soplo, el pensamiento de María vagaba tambien por las solitarias y áridas montañas de Judea en pos de su Hijo amado, y preguntábase con ansia:—¿En dónde estará ahora mi Jesus? ¡Oh cuántas almas santas y amantes de este han repetido despues esa pregunta al verse agobiadas con la sequedad de espíritu y el abandono aparente de Dios!

Jesus entre tanto marchaba hácia las riberas del Jordan en busca de su primo Juan, el hijo de Isabel y Zacarías. No conoció al pronto el Bautista á su divino pariente, que modesto siempre, manso y humilde, entraba en el histórico y bíblico río para recibir el bautismo de penitencia, con la humildad misma con que se habia dejado circuncidar. Preciso fué que el Cielo con sobrenaturales voces y aparicion del Espíritu Santo se lo revelara (1).

(1) El testimonio del Bautista es terminante.—*Et ego nesciebam Eum.* (Evangelio de San Juan, cap. I, v. 33.)

Jesus se bautizó primero: anduvo por Betania, orillas del Jordan y el desierto. (Id. v. 35.) Volvió á Galilea: tomó allí discípulos además de los de Juan. Duraron, pues, su ausencia y la soledad de María unos dos meses.

Cuarenta dias permaneció Jesus en el desierto orando, preparándose á la predicacion del Evangelio con la mortificacion, el silencio, recogimiento y ayuno. Despues de haber burlado las tentaciones del enemigo, asistido por ministerio angélico, con modesto y parco alimento, volvió á darse á ver por las orillas del Jordan, donde su primo el Bautista le apellidó «Cordero de Dios que quita los pecados del mundo.» Á vista del testimonio de Juan, que reconocia la Divinidad de Jesucristo y superioridad de su doctrina, varios discípulos de aquel siguieron á este: con ellos volvió Jesus á Galilea y á las inmediaciones de su patria, despues de una ausencia de cerca de dos meses, demasiado largos para el maternal cariño. Mas no venia solo: con Andrés y Pedro venia Felipe su paisano: todos tres eran de Betsaida, pequeño pueblo no léjos de Nazareth. Cuando Felipe refiere á Nathanael que ha hallado el Mesías en la persona de Jesus el Nazareno, responde él con despegó:—«Pues qué, ¿puede salir de Nazareth cosa buena (1)?» Tal era la fama que tenia este pueblecillo.

Aun cuando el cielo se habia abierto en honor de Jesus al dejarse bautizar humildemente, con todo no habia hecho aun milagro alguno que revelase su mision divina. El primero que hizo fué á peticion y con intervencion de su Madre. El Evangelista lo narra en estos términos:

«Y tres dias despues se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, y la Madre de Jesus estaba en ellas. Y fué tambien convidado á estas bodas Jesus con sus discípulos; pero, faltando el vino, la Madre de Jesus le dijo:—No tienen vino.»

«Contestóle Jesus diciendo:—Mujer, ¿qué tengo yo que ver contigo (2). Aun no ha llegado mi hora.»

Su Madre dijo á los que servian:—Haced todo lo que Él os diga.»

«Habia allí seis tinajas de piedra para las purificaciones de los judíos, cada una de las cuales cabia dos ó tres metretas (3). Díjoles Jesus:—Llenad de agua las tinajas; y las llenaron hasta arriba. En seguida añadió:—Sacad ahora y llevad al maestresala. Hicieronlo así, mas luego que el maestresala probó el agua convertida en vino, ignorando de dónde este procedia, pues no se lo habian dicho aun los sirvientes que lo sabian por haber echado el agua en las tinajas, llamó al novio y le dijo:—Todo hombre en estos casos hace poner primero el mejor vino, y despues que la gente comienza á sentir los efectos de haber

(1) Véase lo dicho en una de las notas del capítulo sobre la pérdida de Jesus y su encuentro en el templo.

(2) Esta traduccion no está bien hecha, como veremos luego, pero en estas palabras ambiguas se ha seguido la traduccion del P. Anselmo Petite, Abad de San Millan, aunque reconociéndola muy defectuosa.

Las palabras del Evangelio: *¿Qué tibi et mihi est, mulier?* deben traducirse:—Pero mujer, ¿qué nos importa eso á tí y á Mí? Y en efecto Jesus y María, eran convidados, y no era incumbencia suya suplir aquella falta de los que convidaban.

(3) Como el país de Palestina no estaba en general sobrado de aguas, y los judíos la necesitaban abundante para sus abluciones y otras atenciones, tenían enormes tinajas de piedra para conservarlas.

La metreta era una medida que equivalía, segun el P. Mariana (*de ponderibus et mesuris*) á mas de 22 azumbres de agua, de modo que cada tinaja de las seis que allí habia podría contener de seis á nueve arrobas de agua.

En el ánfora de mármol que se enseña en el Escorial, como una de las que sirvieron en las bodas de Caná, no cabe ni una arroba de agua.

bebido bien, saca otro inferior: pero tú lo has hecho al revés, porque has guardado para el último el mejor vino.»

«Este fué el primero de los milagros, y lo hizo Jesus en Caná de Galilea, con el cual manifestó su gloria de modo que sus discípulos creyeron en ÉL.»

La intencion de Jesus en este milagro, y el diálogo con los asistentes á la boda, está bien claro, y la trascendencia de él se echa de ver en estas últimas palabras:—«Manifestó su gloria y sus discípulos creyeron en ÉL:» el *objeto* es la gloria de Dios; el *efecto* la fe de los elegidos.

Lo que hace á nuestro propósito es la intervencion de María en la ejecucion y consecucion de este milagro.

Hay autores que suponen que el novio era precisamente San Juan Evangelista, el cual en vista de este milagro dejó á su mujer y familia para seguir á Jesucristo. Por respetables que sean los autores que han seguido esta opinion, parece poco conforme con las ideas de los Israelitas, y con lo que prescribía la ley con respecto á los recién casados. Lo que se hace notable en el Evangelio de San Juan es que solo habla dos veces de María, una al principio, en el pasaje citado, y otra al fin, al describir la muerte de Jesus. En uno y otro caso ni aun la nombra: llámala solamente la *Madre de Jesus*: en uno y otro caso parece poner en boca de Jesus palabras de despego, llamándola á secas *mujer*, negándole el dulce título de *Madre*. ¿Será esto por desden ó falta de aprecio? Ridículo fuera y hasta mal sonante: María fué su Madre, y él la acompañó y sirvió en los últimos años de su vida: ¿habría ingratitud en ese desden? Parece pues calculado el silencio de San Juan, para no dejarse llevar demasiado del afecto que había profesado á María su segunda Madre. Su Evangelio es el que mas *diviniza* por decirlo así á Jesus: por eso es el *águila* de los Evangelistas, que mas se remonta sobre las nubes, que mira de hito en hito al sol de la luz increada. Deja para esto á un lado todos los afectos de la tierra y de la familia, no habla de genealogía, de padres, de nacimiento, de nada de lo que hablan los otros Evangelistas, que le habían precedido. Si habla del Bautista es porque anuncia la Divinidad de Jesucristo y por ese preannuncio comienza su Evangelio. Ni aun dice quiénes eran los padres de San Juan, ni el parentesco de este con Jesus. Si no tuviéramos mas que el Evangelio de San Juan negaríamos que el Bautista fuese pariente de Jesucristo.—¿Cómo habían de ser primos, diríamos, si al ir á bautizarle San Juan no conoce á Jesus: *et ego nesciebam Eum?* Así pues, el silencio de San Juan con respecto á María es calculado y misterioso, como lo es la pretericion de todo lo relativo á su nacimiento, familia y vida privada, de que hablan los otros Evangelistas.

Por lo que hace á la pretendida dureza de las palabras de Jesus á su Madre, cuando esta le expone la cuita de los recién casados, volvemos á los argumentos del pretendido desden con que Jesus acoge á su Madre al hallarle en el templo con los Doctores de la Ley. Volvemos tambien al argumento con que respondimos á ese argumento. Jesus tenía



MARIA EN LAS BODAS DE CANÁ.

Copia de una pintura del siglo XVII.

bebido bien, saca otro inferior; pero tú lo has hecho al revés, porque has guardado para el último el mejor vino.»

«Este fué el primero de los milagros, y lo hizo Jesús en Caná de Galilea, con el cual manifestó su gloria de modo que sus discípulos creyeron en Él.»

La intención de Jesús en este milagro, y el diálogo con los asistentes á la boda, está bien claro, y la trascendencia de él se echa de ver en estas últimas palabras:—«Manifestó su gloria y sus discípulos creyeron en Él: el objeto es la gloria de Dios; el efecto la fe de los elegidos.»

Lo que hace á nuestro propósito es la intervención de María en la ejecución y consecución de este milagro.

Hay autores que suponen que el evangelista precisamente San Juan Evangelista, el cual en vista de este milagro dejó á su madre y familia para seguir á Jesucristo. Por respetables que sean los autores que han expresado esta opinión, parece poco conforme con las ideas de los Israelitas, y con lo que enseñaba la Ley con respecto á los recién casados. Lo que se hace notable en el Evangelio de San Juan es que solo habla dos veces de María, una al principio, en el pasaje citado, y otra al fin, al describir la muerte de Jesús. En uno y otro caso ni aun la nombra. Llamaba solamente la *Madre de Jesús*; en uno y otro caso parece poner en boca de Jesús palabras de desprecio, llamándola á secas *mujer*, negándole el dulce título de *Madre*. ¿Por qué esto por desdén ó falta de aprecio? Ridículo fuera y hasta mal sonante: María fue su madre, y él la acompañó y sirvió en los últimos años de su vida: ¿habría negado en sus últimos instantes el amor que había profesado á María su segunda Madre. Su Evangelio es el que más se aparta de decirlo así á Jesús: por eso es el *águila* de los Evangelistas, que más se eleva sobre los demás, que mira de hito en hito al sol de la luz increada. Deja para otros á decir todos los afectos de la tierra y de la familia, no habla de genealogía, de padres, de nacimiento, de nada de lo que hablan los otros Evangelistas, que le habían precedido. Si el autor del Evangelio es porque anuncia la Divinidad de Jesucristo y por ese precepto escribió el Evangelio. Ni aun dice quiénes eran los padres de San Juan, ni el parentesco de uno con Jesús. Si no tuviéramos más que el Evangelio de San Juan negaríamos que el bautista fuera pariente de Jesucristo.—¿Cómo habían de ser primos, diríamos, si el bautista no conoce á Jesús: *et ego nesciebam Eum?* Así pues, el silencio de San Juan con respecto á María es calculado y misterioso, como lo es la preterición de todo lo relativo á su nacimiento, familia y vida privada, de que hablan los otros Evangelistas.

Por lo que hace á la posesión correcta de las palabras de Jesús á su Madre, cuando esta le expone la falta de los mejores vinos, volvamos á los argumentos del pretendido desdén con que Jesús dirige á su Madre al hallarle en el templo con los Doctores de la Ley. Volvamos también al argumento con que respondimos á ese argumento. Jesús tenía



Lit. Labielle. Olivo. B.

M. Pujadas. lit.

MARIA EN LAS BODAS DE CANÁ.

Copia de una pintura del siglo XV.

obligacion de respetar á su Madre: «Honra á tu padre y á tu madre» habia dicho Él mismo á Moisés en el decálogo, y él no se eximia de esa ley, que habia venido á cumplir y no á relajar. Jesus pues ¡blasfemia seria asegurarle como un aserto! falta á su deber. Explicad esa blasfemia implícita que lleva vuestro argumento, oh protestantes.

Jesus es modelo de conducta: si desprecia á su Santa Madre, ¡otra blasfemia! nos enseñaría á despreciar á nuestras madres, por santas y buenas que fuesen. Responded de las consecuencias que envuelve vuestro argumento; y lo que digais al responderlo responderá tambien al otro.

Aun cuando se admita la traduccion literal y grosera de las palabras de San Juan «*mujer ¡qué tengo yo que ver contigo* (1)! traduccion que yo no admito, por respetables que sean los que así han vertido estas palabras, todos los intérpretes convienen en que no hay en esa frase, reprension, enfado, dureza ni desden con respecto á María. «No rehusa las atenciones de piedad y cortesía á su Madre, como dice San Ambrosio (2), sino que manifiesta á todos que sus actos se subordinan á la voluntad de su Eterno Padre.»

Jesus habla en todo y por todo de no hacer mas que la voluntad de su Padre. Cuando sus discípulos le invitan á comer, les responde sencillamente:—«Mi alimento consiste en hacer la voluntad del que me envió á la tierra.» Y cuando enseña á sus discípulos á orar y pedir, les dice en la tercera peticion que deben dirigir á Dios: «hágase tu voluntad en la tierra como se cumple en el cielo.» Así pues responde á su Madre, que le pide un milagro á favor de aquellos pobres y apurados novios, diciéndole:—«Mi vida pública aun no ha principiado: los milagros que yo haga no deben ser en provecho temporal de particulares, sino en comprobacion del Evangelio y para honra de mi Eterno Padre. Así pues aun cuando se admita esa traduccion servil y á mi juicio inadmisibile (salvo el respeto de los que la han admitido), hay en ello un recuerdo de su constante advertencia, pero no una reprension ni menos un desden. Y no sirve decir que lo que Jesus decia era cierto: puede decirse una verdad con malos modales, y la certeza no quitará la dureza y acrimonia. Mas esto no cabia en Jesus con respecto á su Madre Santísima.

Pero admitida la traduccion de esas palabras en el sentido en que servilmente se han traducido, ni son ciertas, ni la segunda parte liga con la primera. ¿Cómo habia de decir Jesucristo á su Madre que nada tenia de comun con ella? Si lo hubiera dicho á San José podia pasar, mas aun así habria dureza. Pero ¡á María! á la que el Concilio de Efeso declaró *Madre de Dios*, ¿cómo habia de decirle Jesus que nada tenia de comun con ella?

Que la segunda parte de la respuesta no liga con la primera lo prueban completamente varios escritores, entre los cuales prefiero el testimonio de Augusto Nicolás, no solo por lo reciente, sino por lo bien pensado. «Además de ser la textual, dice (3), concuerda mejor esta

(1) La traduccion es la del P. Anselmo Petite, Abad de San Millan, á fines del siglo pasado, segun queda dicho.

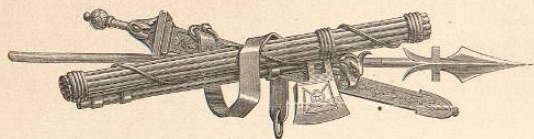
(2) *Non quod materna refutet pietatis obsequia, sed quia Patris se ministerio amplius, quam maternis affectibus subisse cognoscit.*

(3) *La Virgen María y el plan divino*, tomo II, cap. XVII, párrafo 4.º

version última con la segunda parte de la respuesta del Salvador en que expresa el motivo:—«*Todavía no ha llegado mi hora.*» Tal motivo no es absoluto, sino relativo, y por tanto quita á la primera parte de su respuesta el carácter absoluto que tendrían estas palabras:—«¿Qué tengo yo que ver contigo?» y concuerda mejor con estas otras:—«¿Qué nos va en eso á tí y á Mí?» las cuales son relativas á las circunstancias en que ambos se hallaban; porque si entre Jesus y María nada hay de comun, esto debe ser de siempre, y no se comprende entonces á qué viene el decir, que no había llegado la hora de Él; al paso que se entiende muy bien lo que quiere decir con eso si el sentido es que no habiendo llegado la hora de servirse de su poder para los fines de su misericordia, todavía no era oportuno invocarle con tal objeto.

El éxito lo acredita así y que María lo entendió de este modo, pues no se dió por desairada. Léjos de eso le consta que Jesus ha escuchado benévolamente su ruego, y encarga á los sirvientes que hagan lo que Él les diga. Debe tenerse en cuenta para esto que las bodas no duraban un solo día entre los Israelitas como suele suceder entre nosotros. La novia era conducida con gran aparato por los parientes y amigos, y á veces era el novio el que llegaba de ese modo, como vemos en la parábola de las vírgenes vigilantes. Necesitábase acopiar gran cantidad de provisiones y tener quien corriera con la distribución y preparación de ellas. Aunque no fuesen opulentos los novios de Caná, no podían excusar tales gastos: los parientes ayudaban á ellos, y se hubiesen creído rebajados en su decoro si la familia hubiese quedado mal.

Para nuestro propósito hay otra observación que es la mas práctica y por tanto la que sirve de final á este asunto. Niegan los protestantes y sus afines importancia á la Madre del Salvador y á su mediación para con Dios, alegando que no necesitamos mediador con Dios. Por eso combaten el culto de María y procuran rebajar su importancia. Claro es que podemos acudir á Dios directamente, pero eso no quita para que acudamos á Jesus por conducto de su Madre, como por conducto de Jesus acudimos á su Eterno Padre en el concepto que tenemos de la Santísima Trinidad. El que podamos acudir á un gobernador directamente no quita que podamos acudir á su autoridad por conducto de un amigo suyo y nuestro. Si Jesus en Caná atendió al ruego de su Madre, ¿atenderá menos ahora en el Cielo?



CAPITULO XXV

PEREGRINACIONES DE MARÍA DURANTE LA PREDICACION DEL EVANGELIO



A fama de Jesus, de su doctrina, saber, virtudes y milagros corrió en breve por Palestina, rebasando los estrechos límites de Galilea. Así lo dice San Lucas, al narrar minuciosamente la mala acogida que le hicieron sus paisanos en Nazareth, hasta el punto de querer asesinarle. «Por todo aquel país (de Galilea) se extendió su fama y enseñaba en sus sinagogas y todos le aplaudían. Fué pues á Nazareth donde se había criado, y entró en la sinagoga el día de sábado, según acostumbraba, y se levantó para leer. Habiéndole entregado el libro del Profeta Isaías, así que lo desplegó, halló el pasaje en que está escrito:—«El Espíritu del Señor sobre mí; por eso me consagró ungiéndome al enviarme á predicar á los pobres y curar á los que de corazón están contritos; para anunciar su libertad á los cautivos, dar vista á los ciegos, aliviar á los oprimidos, publicar el año de las gracias del Señor y el día de la retribución.»

«Luego que hubo plegado el libro lo dió al ministro, tomó asiento y todos los que estaban en la sinagoga fijaron en él sus miradas, y Él empezó á decirles:—Hoy se cumple esta sentencia de la Escritura, que acabais de oír. Y todos le daban testimonio y se admiraban con las palabras de gracia que salían de su boca, y decían:—«Pues qué, ¿no es este el hijo de Josef?» Y Él dijo: Sin duda que vosotros direis:—«Médico cúrate á tí mismo: haz pues aquí esas maravillas que has hecho en Cafarnaum.»—Y añadió: En verdad os digo que ningún profeta es bien recibido en su patria. Y también os digo asimismo: cuando el cielo estuvo tres años y seis meses cerrado sin llover, y hubo gran hambre en toda la tierra, había en Israel muchas viudas, mas á ninguna de ellas fué enviado Elías sino á una pobre viuda de Sarepta, en tierra de Sidon.

»También había muchos leprosos en Israel en tiempo de Elías, y ninguno de ellos fué curado sino Naamán, que era de la Siria.

»Al oír esto los de la sinagoga se llenaron todos de ira y, levantándose contra Él, lo echaron fuera del pueblo y lo llevaron hasta la cima del monte sobre que está edificada su ciudad para precipitarle de allí. Mas Él se retiró pasando por entre medio de ellos.»